

Voltaire: una reflexión filosófico-literaria sobre el terremoto de Lisboa de 1755

Rocío PEÑALTA CATALÁN

Universidad Complutense de Madrid
rociopenalta@filol.ucm.es

RESUMEN

El 1 de noviembre de 1755, un terremoto destruyó la ciudad de Lisboa. Este hecho, que había acabado con una de las ciudades más prósperas de Europa, conmocionó a toda la civilización occidental, que trató de buscar explicaciones religiosas, filosóficas o científicas al fenómeno. Voltaire, uno de los pensadores más influyentes de la época, dedicó dos obras fundamentales al terremoto: el *Poema sobre el desastre de Lisboa* y el *Cándido*. En ambos textos, Voltaire ataca a los filósofos optimistas portavoces de la teoría del *tout est bien*, que explican la catástrofe, que había causado miles de víctimas humanas y cuantiosas pérdidas materiales, como la intervención de un Dios justo y benevolente.

Palabras clave: Voltaire, terremoto de 1755, Lisboa, *Poema sobre el desastre de Lisboa*, *Cándido*

Voltaire: une réflexion philosophique-littéraire sur le tremblement de terre de Lisbonne de 1755

RESUME

Le premier novembre 1755, un tremblement de terre a détruit la ville de Lisbonne. Ce fait, qui avait ruiné une des villes les plus prospères de l'Europe, a commotionné toute la civilisation Occidentale, qui a essayé de trouver des explications religieuses, philosophiques ou scientifiques au phénomène. Voltaire, un des penseurs les plus influents de l'époque, a consacré deux ouvrages fondamentaux au tremblement de terre: *Poème sur le désastre de Lisbonne* et *Candide*. Dans les deux textes, Voltaire attaque aux philosophes optimistes défenseurs de la théorie du *tout est bien*, ceux qui expliquent la catastrophe, qui avait causé des milliers de victimes humaines et des considérables pertes matérielles, par l'intervention d'un Dieu juste et clément.

Mots clés: Voltaire, tremblement de terre de 1755, Lisbonne, *Poème sur le désastre de Lisbonne*, *Candide*.

1. El terremoto de 1755: destrucción y reconstrucción de Lisboa

El sábado 1 de noviembre –día de Todos los Santos– de 1755 un terremoto asoló la ciudad de Lisboa. El temblor comenzó hacia las nueve y media de la mañana y tuvo una duración de entre seis y diez minutos, según las distintas versiones (Kendrick 1956:24; Chantal s/a:21). Tras el primer movimiento, hubo otros dos temblores apenas unos minutos más tarde.

La primera sacudida produjo un ruido sordo que alarmó a todos los habitantes de la ciudad e hizo temblar los edificios. Después de una breve pausa, siguió un segundo temblor, más devastador que el primero, que en poco más de dos minutos

hizo que se derrumbaran tejados, muros y fachadas de iglesias, palacios, casas y tiendas con un espantoso estruendo. Enseguida se produjo un tercer temblor que vino a completar el desastre. Entonces, una espesa nube de polvo se posó sobre las ruinas de la ciudad.

El día había amanecido claro y brillante, pero en unos momentos, el cielo se oscureció. Cuando el polvo empezó a asentarse diez o quince minutos más tarde, la gente que se arrastraba entre las ruinas pudo observar que el fuego había comenzado a arder en varios puntos de la ciudad y que un gran incendio amenazaba con arrasar lo que quedaba de Lisboa. Y mientras estas hogueras se iban extendiendo, se produjo un sorprendente y terrible acontecimiento en los muelles del Tajo, una hora después de la triple sacudida del terremoto. Las aguas del río se estremecieron y crecieron amenazadoramente y cayeron, en tres grandes y altísimas olas, sobre la orilla; rompiendo, con su poderoso impacto, en tierra firme, entre el puerto de Alcântara y el Terreiro do Paço.

Según las descripciones de aquellos que presenciaron los hechos desde la orilla o desde los barcos anclados en el Tajo, de repente, cerca de las once de la mañana, enormes olas comenzaron a romper sobre la ribera norte del río. Las naves se desgajaron violentamente de sus anclas, chocaron entre sí y contra el muelle. Tampoco las ligeras estructuras de los embarcaderos resistieron el embate de las olas de quince o veinte pies de alto que, por tres veces, rompieron a lo largo de toda la ribera del Tajo, desde Lisboa hasta su desembocadura; así como contra la costa sur, hasta Cascais y Cabo Raso, y en la costa oeste, al menos hasta Ericeira. Parece ser que las olas chocaron con toda su violencia contra la zona baja del distrito de São Paulo en Lisboa y contra el Terreiro do Paço, y aquí la fuerza del agua fue tal que dañó seriamente algunos edificios de la Alfândega –como la Aduana– y completó la destrucción del Cais de Pedra, un magnífico malecón alicatado de mármol, recién construido por João V, cuyas piedras ya habían sido arrancadas y desplazadas en parte por el terremoto. Aquí, más de cien personas, que se habían refugiado en lo que parecía un lugar seguro, un espacio abierto que facilitaba la huida a través del río, fueron arrastradas por las olas y perecieron ahogadas. Después de la tercera ola, las aguas fueron perdiendo poco a poco la fuerza hasta que el río volvió a serenarse (Kendrick 1956:33).

Por si aún no habían sufrido bastante los lisboetas, muchos de los cuales habían muerto aplastados bajo los escombros, quemados en los incendios o ahogados a causa del maremoto, al terremoto siguieron varias réplicas que fueron interpretadas como el anuncio de un desastre mayor aún por llegar, que podría terminar de destruir lo poco que quedaba en pie de la ciudad en cualquier momento. En el exterior, las personas que habían logrado escapar de los edificios derrumbados no podían huir, pues los escombros bloqueaban las calles y el miedo las paralizaba al sentir cada nuevo temblor. Por lo que parece, estos temblores no fueron demasiado fuertes, pero uno de ellos, que se produjo hacia las once de la mañana –justo antes de que las gigantescas olas se abatiesen sobre los muelles y la orilla–, causó graves daños en la zona oeste de Lisboa, provocando el derrumbe de la iglesia de Santa Caterina –situada sobre una colina, cerca del río– y del extremo oriental de

la iglesia de São Paulo, donde un elevado número de refugiados –que habían acudido allí en busca de un lugar seguro donde resguardarse– perdió la vida. Cerca del mediodía se produjo otro temblor que alarmó a toda la población; sin embargo, fue el triple terremoto de las nueve y media de la mañana el que causó los mayores destrozos.

Así describen este terrible acontecimiento las crónicas de la época.

Es cierto que, antes del terremoto, Lisboa no era una ciudad que destacase por una arquitectura especialmente bella o un urbanismo perfectamente planificado. La ciudad poseía, más bien, un aspecto medieval –con estrechas e intrincadas callejas–, salvo por la existencia de un amplio espacio abierto en la ribera del Tajo, flanqueado por el Palacio Real y otros edificios gubernativos, y con un bonito puerto con grandes barcos atracados en los muelles, bajo las ventanas del palacio. Detrás de esta plaza, crecía un bosque de torres y campanarios, señal inequívoca de que la mayoría de los edificios importantes de la Lisboa del siglo XVIII eran iglesias y conventos. No era una ciudad grande, pero poseía más de cuarenta parroquias, numerosas iglesias y cerca de noventa conventos.

Independientemente de su apariencia, Lisboa era una ciudad asombrosamente rica. Enormes riquezas se acumulaban en el interior de sus palacios e iglesias; contaba con importantes reservas de oro y piedras preciosas; cada día se descargaban lujosas mercaderías en sus embarcaderos. La ciudad estaba llena de joyerías, de todo tipo de tiendas y negocios. El comercio era próspero y reportaba muchos beneficios a la ciudad.

Portugal, el resto del país, no era rico. Su hacienda pública era miserable, en gran parte debido a la administración del rey João V (1706-1750), cuyas extravagancias “were of the kind that would exhaust even Eldorado” (Kendrick 1956:28). Además, las poderosas empresas británicas instaladas en el país controlaban el comercio del oro con Brasil, lo que representaba una humillación para Portugal.

Después de haber sido, en el siglo XVI, una de las grandes potencias mundiales, Portugal sentía que se agotaban sus fuerzas. La unión dinástica que durante sesenta años vinculó a España y Portugal supuso una derrota para este país y, aunque ya hacía más de un siglo desde que Portugal recobrara su independencia en 1640, las cosas habían cambiado mucho. La economía del país estaba dominada por Inglaterra. Mientras que las tierras al sur del Tajo permanecían incultas, Portugal importaba trigo del extranjero; los hombres desocupados vagabundeaban y mendigaban pan a la puerta de los conventos, sin embargo, los uniformes para los soldados, las medias de seda para los cortesanos, las herramientas de los obreros y todo lo demás, desde las velas y las redes para los pescadores hasta las semillas para los agricultores, se traía de Inglaterra (Chantal s/a:27-28).

Los viajeros y comerciantes protestantes, sobre todo los ingleses y alemanes que hacían allí sus negocios, conocían Lisboa como la ciudad de la Inquisición, y en gran parte del mundo eran más famosos los *autos da fé* portugueses que los españoles. También era popular la supersticiosa idolatría de las gentes de Lisboa. A pesar de todo, Lisboa era famosa por su riqueza y, gracias a su actividad comercial, era una de las ciudades más conocidas de Europa. Esto explica que la

noticia del terremoto circulara enseguida por todo el continente, y que sumiera a los países vecinos en la consternación y el miedo.

Resulta sorprendente la rapidez con que surgieron numerosas publicaciones que explicaban los detalles del acontecimiento. El 15 de noviembre ya circulaba en París la *Relation véritable du tremblement de terre arrivé à Lisbonne*. En diciembre, la *Gazette de Paris* y el *Mercur*e de Ámsterdam relataban la catástrofe, y en los Países Bajos circulaban “hojas volantes” en verso e ilustradas. En 1756 se multiplican esas narrativas fantásticas, siempre enriquecidas con nuevos pormenores y detalles escabrosos (cfr. Chantal s/a:54-55).

Unos meses antes de que se produjera el terremoto, en febrero de 1755, Voltaire había comprado Les Délices, una villa situada cerca de Ginebra, y en ella había establecido su residencia. Allí se creía a salvo de las desgracias; en un refugio alejado de la vida cortesana de París o Berlín, que tantos problemas le había acarreado. Sin embargo, cuando la noticia del desastre de Lisboa llegó a Suiza a mediados de noviembre, el pesimismo asalta a Voltaire.

Es en la carta dirigida al doctor Jean-Robert Tronchin el 24 de noviembre de 1755 donde Voltaire aborda por primera vez el tema del terremoto:

Voilà Monsieur une physique bien cruelle. On sera bien embarrassé à deviner comment les lois du mouvement opèrent des désastres si effroyables dans le *meilleur des mondes possibles*. Cent mille fourmis, notre prochain, écrasées tout d'un coup dans notre fourmilière, et la moitié périssant sans doute dans des angoisses inexprimables au milieu des débris dont on ne peut les tirer [...]. Quel triste jeu de hasard que le jeu de la vie humaine! Que diront les prédicateurs [...]? (Voltaire 1978:619)

Este breve texto ya recoge las principales ideas que Voltaire desarrollará en el *Poème sur le désastre de Lisbonne* y, más adelante, en 1758, en el famoso *Cándido*: la crueldad de la naturaleza, la presencia del mal en la tierra, los azares a los que se encuentra sometida la vida humana y, sobre todo, el ataque directo a los portavoces de la teoría del *tout est bien*. “Il le faut avouer, le *mal* est sur la terre” (Voltaire 1756a: v. 126), reconoce Voltaire en su poema.

Además del horror ante la pérdida de miles de vidas –en su correspondencia, Voltaire habla en un primer momento de cien mil víctimas¹; cifra que más tarde rebajará a 30.000, lo que parece estar más en consonancia con la realidad–, algo que preocupa profundamente a Voltaire es la pérdida de riquezas y los destrozos materiales causados por el seísmo. “[...] des familles ruinées aux bouts de l'Europe, la fortune de cent commerçants de votre patrie abîmée dans les ruines de Lisbonne” (Voltaire 1978:619), comenta en la referida carta. Constantemente

¹ En una carta dirigida a Élie Bertrand y fechada el 30 de noviembre de 1755, escribe: “La ville de Lisbonne engloutie par un tremblement de terre; cent mille âmes ensevelies sous les ruines” (Voltaire 1978:622-623).

pide a sus amigos y conocidos noticias sobre el terremoto, sobre las pérdidas humanas y materiales, sobre la reconstrucción de la ciudad, etc. Este interés se debe a que el autor de *Cándido* había invertido dinero en el comercio con las indias, fletando algunos buques que debían hacer la travesía del océano Atlántico partiendo desde Cádiz².

Mon cher correspondant, j'imagine que de peur des nouveaux tremblements de terre il est bon que je me hâte de vous envoyer une lettre de change de Cadix du 28 octobre pour 5082 livres tournois 15 que je gardais inutilement. Vous la mettez avec mes autres guenilles; et tout prospérera entre vos mains. Peut-être avez vous à la réception de ma lettre quelques détails de cet horrible événement. Faites-moi part je vous prie de ce que vous saurez, et surtout rassurez mon amitié sur les craintes que j'ai que vous n'ayez perdu beaucoup dans ce désastre. (Voltaire 1978:620³)

Vous devez, mon cher Monsieur, avoir plus d'affaires et plus d'embaras que jamais: on dit que tous les négociants de l'Europe craignent le contrecoup de la secousse de Lisbonne, que toutes les lettres présentées à Londres ont été protestées, et qu'à Lyon plusieurs manufacturiers qui avaient envoyé des étoffes à Lisbonne perdent beaucoup. Vous soutenez avec une philosophie digne de vous la perte particulière que vous avez faite: vous savez quel tendre intérêt je prends à tout ce qui vous regarde. Faites-moi transcrire je vous prie les nouvelles les plus intéressantes si vous en avez le temps, et si cela ne dérange pas vos occupations. (Voltaire 1978:628.629⁴)

Es difícil calcular el número de personas fallecidas en el terremoto de Lisboa. Las primeras versiones proponen cifras exorbitantes. Las cifras oficiales, sin embargo, son ridículas⁵. Los cálculos que más parecen aproximarse a la realidad se sitúan en torno a las 20.000 ó 30.000 víctimas⁶. Después de la desbandada de los primeros días, en la que cientos de personas huyeron de la ciudad para refugiarse en el campo, lejos de edificios altos que aún pudieran derrumbarse, y de la confusión general causada por el terremoto, las parroquias empezaron a reagruparse. En cualquier caso, resultaba prácticamente imposible calcular cuántas personas

² Aunque los mayores daños se registraron en Lisboa, toda la zona suroeste de la Península Ibérica y el norte del continente africano sufrieron los efectos del terremoto. “[...] On ne sait que trop à Genève le désastre de Lisbonne et du Portugal: plusieurs familles de négociants y sont intéressées. Il ne reste pas actuellement une maison dans Lisbonne; tout est englouti ou embrasé. Vingt villes ont péri. Cadix a été submergé par la mer. La petite ville de Conil à quelques lieues de Cadix détruite de fond en comble”. Carta del 1 de diciembre de 1755 dirigida a Charles Palissot de Montenoj (Voltaire 1978:624-625).

³ Carta dirigida a Jean-Robert Tronchin el 26 de noviembre de 1755.

⁴ Carta dirigida a Jean-Robert Tronchin el 3 de diciembre de 1755.

⁵ “Uns propõem 80.000, o que é muito. Oficialmente anunciou-se 8000, o que é pouco” (cfr. Chantal s/a:45).

⁶ Kendrick (1956:34) habla de entre diez y quince mil fallecidos para una población de unos 275.000 habitantes; Armiño (2006:831), sin embargo, propone la cantidad de 30.000.

habían muerto. Algunos no habían vuelto aún a la ciudad, temerosos de que se produjeran nuevos temblores, o se habían reunido con los miembros de otra parroquia, o estaban refugiados en otro campamento o sepultados bajo las ruinas, o habían sido arrastrados al fondo del océano por la gran ola que inundó la ribera del Tajo. Lo cierto es que, hasta ese momento, la población de la ciudad no había sido censada de manera fiable, por lo que no se conocía el número total de los habitantes de Lisboa en 1755. Tampoco había medios para averiguar el número de visitantes y extranjeros que se encontraban entonces en la ciudad, y la mayoría de los documentos y registros municipales que podrían haber servido para realizar algún tipo de recuento habían arduo.

Las pérdidas materiales también fueron considerables. Algunos de los principales edificios de la ciudad quedaron reducidos a ruinas. Se destruyeron por completo cientos de casas y tiendas más pequeñas. “De los veinte mil edificios lisboetas, no había ciertamente tres mil que pudiesen ser habitados sin peligro”⁷, asegura Suzanne Chantal (s/a:46). El balance de los daños causados por el terremoto muestra que la destrucción fue total desde el Tajo hasta Rossio, es decir, la parte más habitada y activa de la ciudad. Fue también considerable en las inmediaciones del Castelo de São Jorge, de São Vicente y de Graça, atenuándose hacia la zona del convento de la Esperanza y de Campo Pequeno.

El fuego incrementó enormemente los daños causados por el terremoto. El Palacio Real y el nuevo edificio de la Ópera –cuya construcción había concluido en marzo de ese mismo año–, numerosos edificios gubernamentales y la magnífica Iglesia Patriarcal podrían haber sobrevivido –pues el terremoto no había causado daños irreparables en estas construcciones– de no haber sido consumidas por el incendio. Esta misma circunstancia es aplicable a otras muchas iglesias y edificios notables; aunque esto no cambia el hecho de que el terremoto, por sí mismo, ya había causado enormes daños y acabado trágicamente con la vida de miles de personas.

El gigantesco incendio se propagó rápidamente, y sólo se extinguió una semana después del terremoto. Arrasó el área central de la ciudad y parte de las colinas adyacentes⁸. Fue este incendio, como indicábamos, el que trajo consigo las mayo-

⁷ La traducción es mía.

⁸ Kendrick (1956:31-32) recoge testimonios de la época y detalla minuciosamente cómo se fue propagando el incendio por toda la ciudad. “The contemporary accounts say it started almost at once in various parts of the ruins, for example in the Carmo and in the Trindade convents, and also in the palace of the Marquês de Lourical in the Largo da Anunciada on the east side of the Avenida; but it quickly became a general conflagration, spreading from the top of Rossio towards the river, and also over the western and southern slopes of the castle hill, and, on the other side of the *Cidade Baixa*, right over the Carmo ridge down to the Rua do Alecrim and beyond this up to the top of the hill on which stands the Chagas church. Taking a line along the shore of about a mile from the church of São Paulo near the Cais do Sodré station to the east end of the Rua Cais de Santarem, the fire burnt up the whole of central Lisbon north of it, on the west up to, though not including S. Roque, in the centre up to the top of Rossio, and on the east right up to the southern wards of the castle”.

res pérdidas materiales. Muchas de las riquezas que albergaba la ciudad podrían haber sido recuperadas de entre los escombros, pero las llamas no respetaron ni pinturas, ni mobiliario, ni tapices, ni alhajas de iglesias, palacios o casas principales; tampoco las magníficas bibliotecas, ni las mercancías almacenadas en las tiendas, por lo que las pérdidas en joyas, plata y sedas fueron tremendas. Algunos comerciantes de la Rua Nova dos Mercadores y de la Rua da Confeitaria rescataron lo que pudieron de sus locales semiderruidos, y lo arrastraron hasta el Terreiro do Paço, donde comenzaron a apilar los bienes que habían logrado salvar tras el terremoto. Pero el fuego terminó por extenderse hasta la plaza, quemando el botín recuperado. Se estima que los comerciantes extranjeros perdieron bienes por valor de 48 millones de dólares españoles de la época⁹. Los más afectados fueron los ingleses, seguidos por los alemanes.

A pesar de todas las pérdidas, los negociantes británicos supieron sacar provecho de la desgracia de Lisboa, y así lo previó Voltaire en una de sus cartas: “Il ne reste pas actuellement une maison dans Lisbonne; tout est englouti ou embrasé. [...] À l’égard des Anglais ils y gagneront plus à la longue qu’ils n’y perdront: ils vendront chèrement tout ce qui sera nécessaire pour le rétablissement du Portugal” (Voltaire 1978:624-625).

Por otro lado, la destrucción de la antigua ciudad facilitó la modernización de Lisboa, gracias a los planes de reconstrucción del Marquês de Pombal. Como señala José Augusto França,

No século XVIII português, o único acontecimento verdadeiramente original foi o terramoto de 1755 –e o nascimento de uma nova cidade que disso foi consequência. Esta é a última das antigas cidades da Europa e a primeira das cidades modernas. (*apud.* Ferreira 1987:75)

Efectivamente, el “modelo pombalino” supuso un reordenamiento socio-urbanístico de la capital del país después de la catástrofe de 1755. Los principios urbanísticos orientadores de este proceso de reestructuración territorial –que articulaba la racionalidad ilustrada de la época con la funcionalidad del tejido urbano– ilustran perfectamente una “modernidad urbana” que se mantendrá como dominante cultural a lo largo de los años (Ferreira 1987:77-78).

⁹ *Cfr.* Kendrick (1956:32). “The losses in goods suffered by the foreign traders were estimated at 48,000,000 Spanish dollars (about £12,000,000 sterling), of which 32,000,000 was the British share; next in the list come the Hamburg merchants whose losses were estimated at 8,000,000 dollars”.

2. Interpretaciones religiosas, científicas y filosóficas del desastre de Lisboa

El terror del día 1 de noviembre se convirtió, para los miembros de la iglesia, en un pretexto perfecto para espolear la conciencia de los fieles y exigirles contrición y penitencias. El terremoto se vio como un castigo divino y Lisboa, como la nueva Sodoma. La ira de Dios había destruido Lisboa; era la constante en sermones, panfletos, tratados y poesía moralizante, no sólo en Portugal, sino en toda Europa.

A pesar de la fuerte presencia de la iglesia católica y de la ferviente religiosidad de los portugueses, Dios había decidido castigarles duramente. Muchos se preguntaban por qué, y enseguida obtuvieron respuestas diversas por parte de pensadores, teólogos, filósofos y científicos.

Desde el punto de vista de la religión, se acusó a los portugueses de haber reducido la devoción cristiana a una serie de prácticas supersticiosas e idolátricas, de lo que también se culpaba, en parte, a un clero parasitario que representaba el diez por ciento de la población de la capital (*cfr.* Chantal s/a:28).

Lisboa e as suas igrejas cintilantes de ouro, consteladas de exvotos, sufocantes do fumo dos círios e do incenso, Lisboa, onde os dias se passavam em novenas e cânticos, onde as missas duravam horas, e onde havia quase tantos religiosos de todas as espécies como burgueses ou artífices Lisboa, não obstante, tinha de se acusar de mais de um pecado. (Chantal s/a:43)

Los grandes intrigaban; el rey se interesaba más por la caza y el teatro que por el reino; los obispos eran poderosos y ricos; el pueblo pensaba más en la ostentación frívola y en divertirse que en su salvación. Todo esto había irritado a Dios. Los jesuitas, por su parte, aprovechaban para atacar a Sebastião José de Carvalho e Melo, Marquês de Pombal y primer ministro del rey José I, afirmando que, con todo, el pecado más execrable, aquel que había desencadenado la cólera divina, era el hecho de que el ministro hubiese intentado injuriar a la Compañía de Jesús.

Los predicadores –como Gabriel Malagrida, misionero jesuita que había asistido a João V en sus últimos momentos– anunciaban que había llegado el tiempo en que las personas debían arrepentirse de sus yerros, y dar limosnas a manos llenas para las capillas purgatorias y para las misiones de Brasil; de lo contrario, desgracias aún mayores caerían sobre Lisboa. Sebastião José respondió. Quería que todos supiesen que la catástrofe se había abatido no sólo sobre la capital, sino sobre todo el sur del reino; y que el terremoto, cuyas sacudidas se habían sentido incluso en Escandinavia y Nueva Inglaterra, se debía a un fenómeno natural. Pero esta explicación científica difícilmente era escuchada por un pueblo ignorante y supersticioso, al que la desgracia y el terror tornaban aún más sensible al reclamo de lo sagrado.

Ya en 1750, se había interpretado como un mal presagio para el reinado que ese mismo año comenzaba el incendio que devoró el Hospital Real, erigido en el Rossio por Manuel I. Cinco años más tarde, con motivo del terremoto, los profetas y oradores rememoraron este hecho, lo que contribuyó a reforzar las creencias supersticiosas de los lisboetas. Así, tras el seísmo, comenzó el éxodo de todos

aquellos que abandonaban la “ciudad maldita”, mientras los más fanáticos anunciaban la llegada del fin del mundo y el Juicio Universal. Como tal es descrito el terremoto en muchas crónicas de la época. Sirva como ejemplo el testimonio de Fredric Christian Sternleuw, un marinero sueco cuyo barco mercante, que viaja con rumbo a Setúbal, hace escala en Lisboa en el momento del terremoto:

Más tarde [llegamos] a Lisboa, en el año de 1755 [...]; aquí nos tocó ser espectadores del más trágico acontecimiento que jamás fue dado a los ojos humanos contemplar. El terremoto que sufrió la bella capital [al margen: 1 de noviembre] ciertamente igualó o, mejor, sobrepasó toda la descripción cruel que se pueda hacer del Día del Juicio. Desde nuestro navío fuimos testigos de aquel horrible acontecimiento. (Sternleuw 1958:14-16)

También Voltaire, en su correspondencia, menciona el Juicio Final refiriéndose a la catástrofe sucedida en Lisboa. Así, en una carta del 1 de diciembre remitida a Charles-Augustin Ferriol, Comte D’Argental, Voltaire comenta: “L’Europe est dans la consternation du jugement dernier arrivé dans le Portugal” (Voltaire 1978:623-624). Ese mismo día, al dirigirse a Charles Palissot de Montenois, escribe: “C’est le jugement dernier pour ce pays-là; il n’y a manqué que la trompette” (Voltaire 1978:624-625). Unos días más tarde, haciendo gala de su ironía, comenta en una carta dirigida a Jean-Robert Tronchin: “Je vois, mon cher Monsieur, par vos dernières lettres que la fin du monde et le jugement dernier ne sont pas ecore venus, et puisque les meubles de M. Bachi sont en bon état, tout va bien à Lisbonne” (Voltaire 1978:633).

Pero si algo caracteriza al pensamiento del siglo XVIII en Europa es la Ilustración, la búsqueda de una explicación racional a los fenómenos naturales y sociales, la investigación empírica. Por este motivo, fueron muchos los que trataron de explicar científicamente la catástrofe de Lisboa, buscando las causas naturales del terremoto. Se publicaron numerosos tratados y artículos que proponían diferentes explicaciones sobre el origen de los seísmos: corrientes eléctricas que circulan entre dos puntos de la superficie terrestre, rayos subterráneos, fuegos en el interior del planeta. Voltaire, en su *Poème sur le désastre de Lisbonne*, se hace eco de alguna de las teorías entonces en vigor sobre las causas que originan los terremotos –“[...] Des foudres souterrains engloutissent Lisbonne, / Et de trente cités dispersent les débris” (Voltaire 1956: vv. 146-147)–, y trata de desvincular el suceso de las hipótesis que explican el terremoto como resultado de la actuación de un Dios justo, lo que le llevará a un enfrentamiento directo con Rousseau.

La concepción del terremoto como resultado de la intervención de un Dios Supremo o de la Providencia tropieza con los principios del optimismo filosófico, por lo que la catástrofe preocupa seriamente a los teóricos del *tout est bien*, a los que Voltaire ataca abiertamente en su poema y, unos años más tarde, en *Candide*.

La teoría de que todo está bien y de que éste es el mejor de los mundos posibles era respaldada por muchos filósofos de Inglaterra y Alemania. Según esta opinión, todos los males que afectan al hombre forman parte de un sistema en el

que todo ocurre para bien, pues así lo ha dispuesto un Dios justo¹⁰. Pero el optimismo recibe un duro golpe ante la noticia del terremoto de Lisboa, en el que miles de inocentes habían perdido la vida, en el que una ciudad entera había quedado reducida a polvo. A pesar de todo, los filósofos optimistas siguen manteniendo que *tout est bien*, y que si la Providencia ha dispuesto que el terremoto tuviese lugar justo en Lisboa y en ese momento preciso se debe a que era un hecho “necesario” en el mejor de los mundos posibles.

Inmanuel Kant también reflexionó sobre este hecho y extrajo algunas conclusiones interesantes que se encuadran en esta corriente optimista. En esta época, al inicio de su carrera, sus ideas aún se encontraban próximas a la filosofía de Leibniz. Cuando la noticia del terremoto de Lisboa llegó a Königsberg, los alemanes se sintieron alarmados y llenos de compasión hacia los portugueses; sin embargo, Kant, desde el primer momento, se sintió más interesado en el suceso como un problema científico que como una tragedia que había destruido una ciudad y acreado una gran pérdida de vidas. Publicó tres breves artículos sobre el tema en 1756, revisando diversas teorías acerca de las causas de los terremotos y registrando todos los fenómenos derivados del seísmo de 1755. En estos textos incluye incluso una nota sobre el aspecto beneficioso de los terremotos, que los hombres rechazan sin considerar siquiera si pueden reportarnos algún beneficio. Sostiene Kant que el fuego subterráneo que causa los terremotos también da origen a baños y manantiales calientes; la vegetación se beneficia de la liberación de sustancias subterráneas cuando la tierra se mueve; los vapores sulfurosos que emanan del suelo tienen un efecto higiénico y purificador. Añade, además, que quizá, sin este fuego subterráneo, el mundo no sería un lugar lo suficientemente cálido como para albergar vida y que, aunque ocasionalmente pueda provocar algún daño importante, es probable que no pudiésemos subsistir sin él, por lo que deberíamos estar agradecidos (*cfr.* Kendrick 1956:131-132).

3. Voltaire y el terremoto de Lisboa

En cuanto escuchó la noticia de la catástrofe que había tenido lugar en Lisboa, Voltaire empezó a trabajar en el *Poème sur le désastre de Lisbonne*, cuya primera versión estuvo terminada el 7 de diciembre de 1755 (Kendrick 1956:119). La idea central del poema ya había sido planteada por su autor en la carta, ya mencionada, que dirige al doctor Tronchin el 24 de noviembre de ese mismo año. En el prefacio al poema, Voltaire manifiesta que su propósito es poner en evidencia la insensatez del optimismo derivado del *Essay on Man* (1734) de Alexander Pope; un optimismo que él denomina “la filosofía del *tout est bien*”.

¹⁰ El optimismo derivado de las teorías de Leibniz defendía que incluso las desgracias más terribles contribuían, de alguna manera, al bien colectivo y universal. “All is for the best in the best of all possible worlds. Even an earthquake” (Kendrick 1956:19).

Si, lorsque Lisbonne, Méquinez, Tétuan, et tant d'autres villes, furent englouties avec un si grand nombre de leurs habitants au mois de novembre 1755, des philosophes avaient crié aux malheureux qui échappaient à peine des ruines: "Tout est bien; les héritiers des morts augmenteront leurs fortunes; les maçons gagneront de l'argent à rebâtir des maisons; les bêtes se nourriront des cadavres enterrés dans les débris: c'est l'effet nécessaire des causes nécessaires; votre mal particulier n'est rien, vous contribuerez au bien général"; un tel discours certainement eût été aussi cruel que le tremblement de terre a été funeste. (Voltaire 1756a)

Ante estas desgracias, Voltaire considera que la presencia del mal en la tierra es innegable, y que no es razonable la postura de aquellos que pretenden demostrar que todo sucede para bien. Es evidente, "le mal est sur la terre". Mucho antes de que se produjera el terremoto, Voltaire ya había perdido la fe en ese optimismo general y, ahora, siente la responsabilidad moral de demostrar ante la audiencia europea, conmovida por los hechos, que es necesario rechazar la doctrina del *tout est bien*. Los acontecimientos han demostrado que el hombre es un ser débil e indefenso, ignorante de su destino, que se encuentra expuesto a terribles amenazas. Por lo tanto, ese optimismo incondicional debería ser reemplazado por el simple "deseo aprensivo" (Kendrick 1956:121) de que la Providencia nos guíe a través de este peligroso mundo hasta un estado feliz. Voltaire plantea el nuevo límite del pensamiento optimista: "Un jour tout sera bien" (Voltaire 1756a: v. 218).

La noticia del terremoto había causado un tremendo impacto en toda Europa. Los hombres, asustados, se preguntaban cuál era su verdadero papel en el esquema universal creado por Dios; cual era la naturaleza real de la Providencia bajo cuya protección creían vivir; cual era, en definitiva, su relación con Dios. Sin embargo, ante la incapacidad para asumir la crudeza de las respuestas, los europeos vuelven rápidamente a los placeres frívolos —la danza, el teatro, la lotería—, tratando de olvidar el terremoto lo antes posible, por lo que Voltaire se lamenta:

Lisbonne, qui n'est plus, eut-elle plus de vices
Que Londres, que Paris, plongés dans les délices?
Lisbonne est abîmée, et l'on danse a Paris. (Voltaire 1756a: vv. 21-23)

Una vez en circulación, el *Poème sur le désastre de Lisbonne* fue ampliamente leído y debatido, pues se trataba del comentario de uno de los pensadores más influyentes de Europa acerca de un desastre que había impresionado profundamente a toda la civilización occidental. Al haberlo escrito inmediatamente después del terremoto, Voltaire, inevitablemente, había basado su poema en los primeros informes del suceso, caracterizados por el sensacionalismo y la truculencia. Sin embargo, Voltaire no necesitaba recurrir al dramatismo exagerado para causar el efecto deseado. Sabía perfectamente que las primeras narraciones sobre el terremoto que llegaban a Suiza y que circulaban por toda Europa precisarían de una revisión posterior: "Au reste on dit que la moitié de cette ville est encore sur pied.

On commence toujours par faire le mal ou le bien plus grand qu'il n'est", comenta en una carta del 16 de diciembre dirigida a François-Louis Allamand (Voltaire 1978:636-637). A pesar de todo, el poeta se muestra profundamente conmovido por la suerte de los lisboetas, tan alejada de ese optimismo generalizado de la época.

A los filósofos que consideraban que aquél era el mejor de los mundos posibles se dirige Voltaire pidiéndoles que contemplen las ruinas de Lisboa, una ciudad trágicamente destruida, y que piensen en el espantoso destino de las miles de víctimas del terremoto. ¿Pueden los filósofos seguir considerando –al oír los gritos de los portugueses, al observar el sufrimiento y la muerte– que todo forma parte de la providencia dispuesta por un Dios benevolente? Todos esos cadáveres, ¿son los cuerpos de pecadores, justas víctimas de la ira de Dios a causa de sus crímenes?

Aux cris demi-formés de leurs voix expirantes,
 Au spectacle effrayant de leurs cendres fumantes,
 Direz-vous: "C'est l'effet des éternelles lois
 Qui d'un Dieu libre et bon nécessitent le choix?"
 Direz-vous, en voyant cet amas de victimes:
 "Dieu s'est vengé, leur mort est le prix de leurs crimes?"
 Quel crime, quelle faute ont commis ces enfants
 Sur le sein maternel écrasés et sanglants?
 Lisbonne, qui n'est plus, eut-elle plus de vices
 Que Londres, que Paris, plongés dans les délices? (Voltaire 1756a: vv. 13-22)

"Tout est bien, dites-vous, et tout est nécessaire", continúa el poeta, pero ¿realmente sería el universo un lugar peor si Lisboa no hubiese sido destruida? Y, si necesariamente han de producirse estas catástrofes, ¿por qué no suceden en medio del desierto? Voltaire trata de explicar que sus lamentos y quejas no están motivados por el orgullo: "Je respecte mon Dieu, mais j'aime l'univers" (Voltaire 1756a: v. 56).

Voltaire duda que las afirmaciones de los optimistas sirvan de consuelo a las desgraciadas víctimas del terremoto: que todo ha sucedido para el bien general, que Lisboa será reconstruida y volverá a ser una ciudad populosa de nuevo, que Inglaterra y otros países europeos se enriquecerán gracias a la destrucción de Lisboa, que todas las desgracias responden a una suerte de "ley general" benéfica, que la muerte de toda esa gente cumple un papel determinado en el plan maestro de Dios.

Les tristes habitants de ces bords désolés
 Dans l'horreur des tourments seraient-ils consolés
 Si quelqu'un leur disait: "Tombez, mourez tranquilles;
 Pour le bonheur du monde on détruit vos asiles;
 D'autres mains vont bâtir vos palais embrasés,
 D'autres peuples naîtront dans vos murs écrasés;
 Le Nord va s'enrichir de vos pertes fatales;

Tous vos maux sont un bien dans les lois générales;
 Dieu vous voit du même oeil que les vils vermisseaux
 Dont vous serez la proie au fond de vos tombeaux?"
 A des infortunés quel horrible langage! (Voltaire 1756a: vv. 59-69)

Voltaire no comparte esta doctrina de las inevitables leyes de la necesidad. Confía en la justicia y la misericordia divinas, y no comprende tanto sufrimiento. Las furias del cielo deberían arrojarse contra las rocas, los árboles y aquellos seres que no sufren, y no contra el hombre.

Si l'éternelle loi qui meut les éléments
 Fait tomber les rochers sous les efforts des vents,
 Si les chênes touffus par la foudre s'embrasent,
 Ils ne ressentent point les coups qui les écrasent:
 Mais je vis, mais je sens, mais mon cœur opprimé
 Demande des secours au Dieu qui l'a formé.
 (Voltaire 1756a: vv. 83-88)

Puede que el sufrimiento del hombre sea insignificante en comparación con el designio de Dios para todo el universo, pero todas las criaturas vivientes parecen condenadas a la existencia en este mundo de dolor y muerte.

Je ne suis du grand *tout* qu'une faible partie:
 Oui; mais les animaux condamnés à la vie,
 Tous les êtres sentants, nés sous la même loi,

Vivent dans la douleur, et meurent comme moi. (Voltaire 1756a: vv. 105-108)

¿Cómo creer entonces que *tout est bien*? Todo a nuestro alrededor lo desmiente: "Vous criez 'Tout est bien' d'une voix lamentable, / L'univers vous dément, et votre propre cœur / Cent fois de votre esprit a réfuté l'erreur" (Voltaire 1756a: vv. 122-124). Voltaire trata de demostrar que ninguna teoría basada en el optimismo y que defienda la existencia de un Dios amable es capaz de justificar los pesares y sufrimientos que afligen al género humano. "Il le faut avouer, le *mal* est sur la terre", pero ¿de dónde procede el mal?, ¿cuál es su origen? En este punto del poema, el autor dirige su atención hacia Leibniz:

Leibnitz ne m'apprend point par quels nœuds invisibles,
 Dans le mieux ordonné des univers possibles,
 Un désordre éternel, un chaos de malheurs,
 Mêlé à nos vains plaisirs de réelles douleurs,
 Ni pourquoi l'innocent, ainsi que le coupable,
 Subit également ce mal inévitable. (Voltaire 1756a: vv. 169-174)

Así, el poema se acerca hacia su terrible conclusión:

Il n'est rien qu'on connaisse, et rien qu'on ne redoute.
 La nature est muette, on l'interroge en vain;

On a besoin d'un Dieu qui parle au genre humain.
 Il n'appartient qu'à lui d'expliquer son ouvrage,
 De consoler le faible, et d'éclairer le sage.
 (Voltaire 1756a: vv. 162-166)

Los hombres no son más que unas criaturas débiles e ignorantes, abocadas al sufrimiento y a la muerte, y que desconocen su origen, su propósito, su destino.

L'homme, étranger à soi, de l'homme est ignoré.
 Que suis-je, où suis-je, où vais-je, et d'où suis-je tiré?
 Atomes tourmentés sur cet amas de boue,
 Que la mort engloutit, et dont le sort se joue,
 Mais atomes pensants, atomes dont les yeux,
 Guidés par la pensée, ont mesuré les cieux;
 Au sein de l'infini nous élançons notre être,

Sans pouvoir un moment nous voir et nous connaître. (Voltaire 1756a: 199-206)

Antes de publicar su poema, Voltaire consultó a sus amigos más cercanos si consideraban que el texto podía resultar ofensivo u hostil para los lectores. El problema fundamental del poema se hallaba en el final, y así se lo hicieron ver Père Bertrand, pastor de la iglesia francesa en Berna, y la duquesa de Saxe-Gotha. El pesimismo de las últimas líneas era hiriente y estaba expresado de manera demasiado violenta (*cfr.* Kendrick 1956:125-126; Armiño (ed.) 2006:32). Los dos últimos versos, en esta primera versión, eran: “Mortels, il faut souffrir, / Se soumettre, adorer, espérer, et mourir”.

Voltaire consideró estas objeciones y compuso un nuevo final para el poema, en el momento en que la primera edición impresa de la versión original aparecía en Ginebra, en marzo de 1756. En la segunda –y definitiva– versión del *Poème sur le désastre de Lisbonne*, Voltaire omite estos dos últimos versos y añade una observación sobre la búsqueda de la felicidad por parte de los hombres, capaces aún de conservar la esperanza: “Un jour tout sera bien, voilà notre espérance; / Tout est bien aujourd'hui, voilà l'illusion” (Voltaire 1756a: vv. 218-219). El poema se cierra con una pequeña “parábola”, según la cual, hace mucho, mucho tiempo, un califa, hallándose ya en su lecho de muerte, dirigió a su Dios esta oración:

“Je t'apporte, ô seul roi, seul être illimité,
 Tout ce que tu n'as pas dans ton immensité,
 Les défauts, les regrets, les maux, et l'ignorance”.
 Mais il pouvait encore ajouter *l'espérance*.
 (Voltaire 1756a: vv. 231-234)

Según distintas fuentes, se conservaría una copia del poema corregida por la mano del propio Voltaire, en la que el autor convierte la última línea en una pre-

gunta, como si sintiese que su concesión al pensamiento ortodoxo hubiese ido demasiado lejos¹¹; o bien, habría antepuesto el calificativo “fragile” a “l’espérance”, después de que, “presionado por su amiga, la leibniziana duquesa de Saxe-Gotha, y por sus amigos los pastores suizos, hubiera incrustado el término ‘esperanza’ en el último verso del poema” (Armiño (ed.) 2006:32).

4. El fin del optimismo: *Cándido* y el terremoto de Lisboa

El *Poème sur le désastre de Lisbonne* es prácticamente un prólogo al *Cándido*. Ambas obras pertenecen a la misma etapa creativa de Voltaire, y se relacionan ideológica y cronológicamente. El terremoto de la capital portuguesa había sumido a Voltaire en una angustia que se proyectaría en varios de sus cuentos de manera obsesiva. El *Poema sobre el desastre de Lisboa* resume la consternación de Voltaire y su ataque a los portavoces de la teoría del “todo está bien”. “Hay que confesarlo: el mal existe sobre la tierra” es el verso que encierra el núcleo ideológico del poema. Aunque en su cuento *Zadig* Voltaire ya había dado cuenta de la existencia del mal, en el poema sobre el terremoto esa conciencia del mal adquiere una intensidad mayor, más próxima a las conclusiones del *Cándido*, que marcarán al Voltaire anciano.

Las analogías entre los temas que obsesionan a Voltaire en su correspondencia y en *Cándido* han servido para datar el inicio de la escritura definitiva de la obra en las primeras semanas de 1758 (Armiño (ed.) 2006:32), aunque la idea venía gestándose desde 1755. En *Cándido*, Voltaire resume tres años señalados por terribles acontecimientos. A la noticia del terremoto de Lisboa de 1755 le sigue, en 1756, el inicio de la Guerra de los Siete Años; guerra que, además de provocar numerosas víctimas, altera la economía europea y perjudica los intereses económicos de Voltaire –“Alemania se convirtió en un abismo que engullía la sangre y el dinero de Francia”, dirá en *Précis du siècle de Louis XV* (Voltaire, *apud.* Armiño (ed.) 2006:823)–. Un año después, se produce un atentado contra la vida de Luis XV; en París y en Versalles comienza la campaña de persecución contra los filósofos, y se interrumpe la edición de la *Encyclopédie*. Contemporáneos eran también para Voltaire el dominio de los jesuitas en el Paraguay, los reyes destronados y el despotismo turco que aparecen reflejados en la novela; pero, sobre todo, la filosofía de Leibniz, la de la armonía preestablecida, que concebía este mundo como el mejor de los posibles, en contradicción flagrante con los hechos (Munárriz 1967:12-13).

El violento contraste entre ideas y hechos queda ejemplificado con Pangloss, el preceptor de Cándido. Pangloss encuentra explicación para todo gracias al principio de que “nada puede ser mejor”, ya que, de lo contrario, sería de otro modo. De esta manera, Voltaire caricaturiza el método deductivo con grotescos

¹¹ “Mais pouvait-il encore ajouter l’espérance?” (George R. Havens, *Modern Language Notes*, 1929, *apud.* Kendrick 1956:127).

silogismos, con el fin de demostrar que es absurdo buscar la explicación de lo que sucede fuera de este mundo que nos rodea; remitirse a un orden superior para explicar y justificar las incongruencias que se producen a diario (Pujol 1999:150).

[...] apenas entraron en la ciudad, llorando la muerte de su bienhechor, cuando sintieron temblar la tierra bajo sus pies; el mar se alzó espumante en el puerto y destrozó los buques allí anclados. Torbellinos de llamas y cenizas cubrieron calles y plazas; las casas se derribaron, removidas en sus cimientos, y bajos sus ruinas perecieron treinta mil seres humanos de todas edades y condiciones. [...] Pangloss los consolaba diciéndoles que las cosas no podían pasar de otra manera; ni ser mejores de lo que eran. El volcán de Lisboa no podía estar en otra parte, ya que es imposible que las cosas no estén donde se encuentran, y así todo está bien. (Voltaire 2003:60-62)

Es la sátira la que sustenta las aventuras de todos sus personajes. El viaje iniciático de Cándido, su aprendizaje del mundo y de la vida son los de un antihéroe. Al igual que los protagonistas de la novela picaresca, Cándido es hijo de unos padres cuyo limitado estatus les ha impedido entroncar legítimamente con los barones de Thunder-ten-tronck. Expulsado del paraíso que para él era el castillo de esa baronía, el joven Cándido se verá arrojado al mundo, y sus viajes le llevarán hasta puntos concretos donde Voltaire tenía depositados sus intereses, tanto ideológicos como económicos: desde el ejército búlgaro en guerra hasta las reducciones jesuitas en Paraguay, pasando por Lisboa y su terremoto, Cádiz, Buenos Aires, el legendario país de Eldorado, Surinam y sus esclavos negros. El viaje de regreso lo llevará a París, a Venecia y, finalmente, a Constantinopla, donde se dedicará a “cultivar su huerto”, después de haber adquirido una finca donde reúne a todos los personajes con los que ha navegado en medio de temporales y desgracias (Armiño (ed.) 2006:822).

Llegamos así a la moraleja del relato. En este mundo absurdo, imprevisible e inexplicable, dominado por las ambiciones más sórdidas, por la intolerancia, por la vanidad, por el egoísmo, por la crueldad y la maldad, la solución no es buscar explicaciones filosóficas a lo que no tiene explicación, sino hallar un rincón pacífico, propone Voltaire, donde trabajar sin pensar, pues, como dice Martín, “es la única manera de hacer la vida soportable” (Voltaire 2003:150). El fin de los personajes de *Cándido* es bien poco brillante, todos han conocido tiempos mejores, y terminan su vida pobres, maltrechos, envejecidos, en algún rincón de una tierra extranjera, entregados a menesteres humildes, sin esperanzas de recuperar la encumbrada posición que ocuparon y recordando con nostalgia los paraísos que perdieron para siempre (Pujol 1999:154).

En *Cándido*,

El blanco directo y confesado de sus ataques será el optimismo metafísico de Leibniz y de su discípulo Wolf, y sus laberínticas sutilezas dialécticas; pero en el fondo el verdadero objetivo de esta crítica quizá sea hacer una amarga corrección al optimismo inveterado del propio Voltaire. Lo que satiriza propiamente no son unos nuevos “libros de caballerías”, algo exterior y que le es ajeno, sino

que objetiviza en un tema impersonal y del dominio público unas contradicciones que le desgarran a él mismo y a todo el conjunto de la sociedad en que vive. (Pujol 1999:149)

Se dice que el terremoto de Lisboa trajo consigo el final de una era, en el sentido de que el optimismo popular característico de la primera mitad del siglo XVIII no sobrevivió al desastre (Kendrick 1956:139). Después del terremoto, el pesimismo se convirtió en un estado de ánimo habitual y comprensible; aunque los inquebrantables filósofos optimistas continuaban alimentando la idea de que el hombre, bajo la providencia de Dios, recorre un camino tendente a la perfección y la felicidad. El desastre de Lisboa quebró la confianza de los europeos en la teoría del *tout est bien*, y las dos obras de Voltaire inspiradas en este suceso, el *Poème sur le désastre de Lisbonne* y el *Cándido*, influyeron decisivamente en este cambio ideológico.

Bibliografía

- ARMIÑO, Mauro (ed.) (2006): *Voltaire. Cuentos completos en prosa y verso*. Madrid: Siruela.
- CHANTAL, Suzanne (s/a): *A vida quotidiana em Portugal ao tempo do terramoto*. Tradução de Álvaro Simões. Lisboa: Livros do Brasil.
- FERREIRA, Vítor Matias (1987): *A cidade de Lisboa: de capital do império a centro da metrópole*. Lisboa: Publicações Dom Quixote.
- KENDRICK, Thomas Downing (1956): *The Lisbon Earthquake*. London: Methuen & co. Ltd.
- MUNÁRRIZ, Jesús (1967): "Introducción", en VOLTAIRE, *Cándido*. Traducción de Leandro Fernández de Moratín. Madrid: Ciencia Nueva.
- PUJOL, Carlos (1999): *Voltaire*. Madrid: Palabra.
- STERNLEUW, Fredric Christian (1958): *1755: Breve testemunho dum sueco*. Edição bilingüe. Tradução do original sueco por João José Pereira da Silva Duarte. Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, Suécia. Lisboa: Casa Portuguesa.
- VOLTAIRE (1756a): *Poème sur le désastre de Lisbonne* [en línea]. En: *Wikisource*. San Francisco: Wikimedia Foundation, septiembre de 2007. En: http://fr.wikisource.org/wiki/Po%C3%A8me_sur_la_Loi_naturelle [Consulta: marzo de 2009].
- VOLTAIRE (1756b): *Poème sur la loi naturelle* [en línea]. En: *Wikisource*. San Francisco: Wikimedia Foundation, septiembre de 2007. En: http://fr.wikisource.org/wiki/Po%C3%A8me_sur_la_Loi_naturelle [Consulta: marzo de 2009].
- VOLTAIRE (1978): *Correspondance IV (1754-1757)*. Édition de Théodore Besterman. Bibliothèque de la Pléiade, NRF. Paris: Gallimard.

VOLTAIRE (2003): *Cándido y otros cuentos*. Traducción de Antonio Espina. Primera edición: 1974. Madrid: Alianza.

VV AA (1997): *Cartografía de Lisboa: Séculos XVII a XX*. Lisboa: Museu da Cidade.